



DON SAMUEL GILI GAYA

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

AÑO LXIII - TOMO LVI - MAYO-AGOSTO - CUADERNO CCVIII

Samuel Gili Gaya

(1892-1976)

Pocos días atrás, el sábado 8, hemos perdido a un compañero que, por encima de su mucho saber, su eficaz magisterio y su valiosa obra, era un nobilísimo ejemplar de humanidad. Don Samuel Gili Gaya, el puntual, el cumplidor don Samuel, llevaba más de dos años sin asistir a nuestras juntas, aquejado por la enfermedad que iba agotando su cuerpo y nublaba su mente. La muerte ha sido para él una liberación, un recobro de sí mismo, un renovar la posesión, ahora total e imperecedera, de su yo mejor.

Todos sabéis cómo era: sencillo, modesto, enemigo de ostentaciones, limpio de lengua y de corazón. Su ingenuidad, acrecentada por la sordera, era en gran parte disposición benévola a confiar en los demás, y cuando los demás fallaban, generosidad para disculparlos. Mucho tuvo que ejercitar esta virtud, pues la injusticia le hirió repetidamente, a veces de manera vejatoria; pero él supo mantener siempre una actitud de equilibrada serenidad, hermana del buen sentido, del *seny* que pilotó a la vez su proceder en la vida y su labor intelectual. Fue don Samuel insuperable modelo en el servicio a la vocación y al deber. Se entregaba a

ellos sin reservas ni alharacas, con tenso esfuerzo que no desfallecía ante la fatiga. Sentía, sí, el agobio de las urgencias en las tareas a plazo fijo, que le hacían llamarse —llamarnos, porque me incluía a mí— galeotes de las letras, y añorar el paladeo de lecturas y escrituras reposadas; pero se sobreponía al cansancio y bregaba hasta dejar cumplido el quehacer que las circunstancias imponían.

Nació don Samuel en Lérida el 16 de febrero de 1892, unos meses después que Pedro Salinas en Madrid y casi un año antes que Jorge Guillén en Valladolid, en los linderos entre dos generaciones: la de Miró, Pérez de Ayala, Eugenio d'Ors, Ortega y Marañón, con Navarro Tomás y Américo Castro en el campo de la filología, y la de 1927, con Dámaso Alonso, Amado Alonso y Salvador Fernández como filólogos más eminentes. En esta zona limítrofe Gili Gaya aparece más ligado a la primera de ambas generaciones, vinculado al grupo inicial de discípulos de Menéndez Pidal y con parte de su obra estrechamente relacionada con la de Navarro Tomás.

Cursó don Samuel sus estudios de Bachillerato en el Colegio de los Hermanos Maristas de su ciudad natal. Según noticias familiares, siempre dijo que quería ser maestro, no obstante lo cual se licenció en Farmacia en la Universidad de Barcelona (1912) a fin de proporcionarse medios económicos con que poder cumplir su vocación pedagógica. En Lérida, en la calle Mayor, compartió una oficina de Farmacia durante varios años, en tanto obtenía en Madrid la licenciatura en Filosofía y Letras (1915). En el curso de Doctorado conoció a don Ramón Menéndez Pidal, quien le dio entrada en el Centro de Estudios Históricos. Creado en 1910, el Centro funcionaba en los bajos de la Biblioteca Nacional. El neófito inició en 1918 su colaboración en la "Revista de Filología Española" con la nota *Algunas observaciones sobre la explosión de las oclusivas sordas*, a la que siguieron multitud de artículos y la tesis

doctoral *Elementos fónicos que influyen en la entonación castellana*, galardonada con premio extraordinario en 1924.

En 1919 había ganado por oposición la cátedra de Lengua y Literatura Española del Instituto de Baeza, en el que conoció a Antonio Machado y donde sólo permaneció unos pocos meses. Al curso siguiente obtuvo el traslado a Huesca, y en 1920 quedó incorporado al Instituto Escuela de Madrid, experimento pedagógico todavía no superado hoy, a pesar de haber transcurrido más de medio siglo desde su fundación.

Allí, con métodos entonces nuevos, logró que los alumnos llegaran a expresarse por escrito en buen castellano y les infundió el amor a la literatura, que les daba a conocer mediante lectura directa; pero además, formó a muchos profesores jóvenes, que de él aprendieron el difícil arte de seleccionar y dosificar los conocimientos que habían de transmitir, así como la técnica del comentario de textos. Su comprensión, su capacidad para acomodarse a la mentalidad de adolescentes y profesores noveles, su pericia en distinguir lo esencial de lo accesorio, hicieron de él un excepcional pedagogo. No pertencí al Instituto Escuela, pero recibí indirectamente la orientación de Gili Gaya y traté de aprovecharla, tanto mientras fui catedrático de Instituto como después en la Universidad. Cuando en 1927 entré como becario en el Centro de Estudios Históricos, éste ya no seguía en los bajos de la Biblioteca Nacional, sino en el hotelito, un tanto destartado y desaparecido hace tiempo, de la calle de Almagro. Don Samuel empezaba entonces a preparar su *Tesoro lexicográfico* en una cámara abohardillada a la que se subía por estrecha escalera, creo recordar que de caracol. Aquel desván hacía pensar en el recóndito albergue de un alquimista o en el estudio de un pintor bohemio; pero lo que guardaba eran pilas y pilas de cajas con fichas a las que estaban adheridos recortes de fotocopias en negativo, sacadas de noventa y tantos diccionarios

anteriores al primero de la Academia. Con muy pocos ayudantes don Samuel transformaba en cosmos el marmágnun de papeletas, fumando, para ayudarse, abundantes cigarrillos de recio tabaco negro. Cuando se acercaba el curso de verano para extranjeros, adiestraba a los profesores de clases prácticas con oportunas y claras precisiones gramaticales, que pasaban de unos a otros, a veces sin que conociéramos su procedencia; esta peculiar tradición las iba convirtiendo en acervo colectivo y anónimo, tan familiar a todos nosotros como pudieran serlo los romances viejos. Entre 1922 y 1936 Gili Gaya fue dando hasta ocho volúmenes de "Clásicos Castellanos" con muy valiosas ediciones suyas del *Marcos de Obregón*, *Moncada* y el *Guzmán de Alfarache*. Sus actividades de esos años se completan con un viaje a Puerto Rico para enseñar en la Universidad desde 1929, un curso en el *Middebury College* de Vermont y unas oposiciones a la cátedra del Instituto Cardenal Cisneros, a principios de 1935, a las que yo también me presenté y que fueron ganadas por Ernesto Giménez Caballero.

La guerra civil trajo consigo el fin del Instituto Escuela y del Centro de Estudios Históricos. Don Samuel, llevado a Valencia y Barcelona, enseñó allí durante las hostilidades, publicó útiles manuales de divulgación y hasta algunos artículos sobre el ritmo del lenguaje. El frenesí depurativo que siguió al término de la contienda presentó como vitando izquierdismo la ponderada actitud liberal de nuestro compañero; hasta le acusó de "catalanista", no obstante haber entregado su vida al estudio y enseñanza de la lengua y literatura castellanas. El estúpido cargo pasó a la jurisdicción militar, y don Samuel hubo de sentarse en el banquillo, aunque el fiscal, con buen sentido, retiró la acusación. Menos ecuanímenes se mostraron los depuradores del Ministerio de Educación, que le trasladaron al Instituto de Santander y después al de Torrelavega. En Santander estaba cuando el gran incendio de 1941 devoró el

casco antiguo de la ciudad, y a pesar de su sordera ayudó a defender de las llamas el edificio del Instituto. En aquellos años superó adversidades y vejaciones a fuerza de humor y de laboriosidad. Almacenaba en su memoria cuantos chistes políticos se le contaban y sacaba fuerzas de flaqueza para llevar adelante su obra, contra viento y marea. Dio forma definitiva a sus doctrinas gramaticales en el excelente *Curso Superior de Sintaxis Española*, aparecido en 1943; publicó en 1944 una *Introducción en la Literatura Universal*, y en 1945 la primera edición del *Diccionario "Vox"*. Por intervención de nuestro actual Director, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas lo trajo de Torrelavega a Madrid en comisión de servicio para que reanudase las tareas del laboratorio de Fonética y las del *Tesoro lexicográfico*, interrumpidas unas y otras desde 1936. El primer fascículo del *Tesoro* vio la luz en 1947 y los siguientes alcanzaron hasta el final de la letra E. No se continuó la empresa, a consecuencia de una nueva preterición: Gili Gaya había solicitado una cátedra vacante en un Instituto de Madrid, pero se vio pospuesto a otro candidato de menor antigüedad y no superiores méritos; y como en la propuesta tuvo papel decisivo la representación del Consejo, don Samuel consideró cuestión de dignidad no seguir colaborando en él. Así se perdió la ocasión de completar un valioso corpus de la lexicografía española de los Siglos de Oro.

Desde 1946 dirigió las clases prácticas de los cursos de verano para extranjeros en la Universidad Internacional "Menéndez Pelayo" de Santander. En 1955 el Ministerio de Educación lo designó, junto con Fernando Lázaro y conmigo, para constituir una comisión encargada de reformar la didáctica de la lengua y literatura española en la Enseñanza Media. Tuvimos laboriosas reuniones con catedráticos de Instituto en Madrid, Pamplona, Santander y Sevilla, hasta que la crisis de 1956 cambió el equipo ministerial. Nuestro esfuerzo no fue inútil: las comisiones que después se nom-

braron con igual propósito encontraron preparado el terreno y aprovecharon —aunque no lo reconocieran— algo de lo que nosotros habíamos hecho.

Mientras tanto yo había conseguido atraer a don Samuel para que interviniera en la preparación de nuestro *Diccionario Histórico*. El primero de abril de 1952, fecha inicial de su presencia, fue uno de los más señalados fastos para el Seminario de Lexicografía. También allí fue Gili Gaya colaborador ejemplar, modelo de todos en puntualidad, empeño y perfección en su trabajo, así como en generosa cordialidad. Precioso fue su consejo en la orientación general, y más aún su magisterio en la formación de lexicógrafos jóvenes. Entre nuestras mejores redactoras hay una catalana y otra mallorquina; y oyendo a don Samuel hablar con ellas en catalán para delimitar y definir significados de palabras castellanas, he pensado muchas veces que aquello podría simbolizar la cooperación de todos los pueblos de España, conservando sus legítimas peculiaridades, en el gran quehacer de recrear nuestra patria común.

En septiembre de 1956 se reincorporó al Instituto de Torrelavega, y en 1959, cumplidos los cuarenta años de servicio, se jubiló como catedrático. Invitado otra vez por la Universidad de Puerto Rico, enseñó en Río Piedras durante dos años. Desde allí pasó a Méjico, donde su hija mayor había quedado viuda en trágicas circunstancias. Vuelto a España, la Academia lo eligió miembro de número el 19 de enero de 1961, distinción a la que correspondió con diligencia, recibándose el 21 de mayo de aquel mismo año con un bello discurso sobre *Imitación y creación en el habla infantil*. Ya entonces había reanudado su colaboración en el Seminario de Lexicografía y pronto formó parte de las Comisiones de Diccionarios y de Vocabulario Técnico. En 1964 asistió al IV Congreso de Academias, celebrado en Buenos Aires; en 1968 compuso la *Ortografía* que se presentó al V Congreso, el de Quito; y a principios

de 1969 recibió el encargo de redactar la Sintaxis de la futura Gramática académica. Lo aceptó a pesar de que el cansancio, el asma y alteraciones cardíacas habían minado su salud; a pesar también de que, al incluir en una obra corporativa casi todo el contenido de su *Curso Superior de Sintaxis*, podía dañar sus intereses personales. Con todo, no dejó de entregar cada mes su capítulo o par de capítulos, con tensión que ponía a prueba la resistencia de sus nervios. Gracias a él y a Salvador Fernández, también heroico en aquella tarea, pudo la Academia presentar el *Esbozo de una nueva Gramática* al Congreso de Caracas en 1972. Todavía después siguió don Samuel viniendo a nuestras reuniones semanales y acotando libros para el *Diccionario Histórico*. Lo último que envió fueron las papeletas de un texto especialmente difícil, las jarchas mozárabes.

Entre sus muchas publicaciones posteriores a 1947 citaré su edición y estudio de las obras de Diego de San Pedro ("Clásicos Castellanos", 1950); *Elementos de Fonética General* (Madrid, 1950); nuevas ediciones revisadas o compendiadas del *Diccionario "Vox"*; *El ritmo en la Poesía contemporánea* y *Amadís de Gaula* (Barcelona, 1956); *Las ideas estéticas de Menéndez Pelayo* (Santander, 1956); *Diccionario de Sinónimos* (Barcelona, 1958); *Funciones gramaticales en el habla infantil* (Río Piedras, 1960); conferencias sobre el *Tirant lo Blanch*, Verdaguer, Maragall y Jaume Agelet, leídas en Lérida, entre 1968 y 1971, en la que en honor suyo se llama "Cátedra de Cultura Catalana Samuel Gili i Gaya". Era correspondiente de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, del Institut d'Estudis Catalans y de la Academia de Letras y Artes de Puerto Rico; Miembro de la Hispanic Society of America y Miembro de Honor de la American Association of Teachers of Spanish and Portuguese. Había sido condecorado con la Banda de Honor de la Orden venezolana de Andrés Bello y con la Medalla de plata de la Diputación de Lérida.

Mucho le debe nuestra Academia, y en el dolorido tributo de admiración que le ofrecemos ha de entrar también nuestra gratitud. Perdonad si en este concierto de voces la mía se quiebra y destempla. Aprendí mucho de él y lo respeté siempre tanto como lo quise; desde muy pronto, en nuestra leal amistad de casi cincuenta años, nos tocó muchas veces compartir los mismos afa-nes y sinsabores. Tal vez por eso me fue encomendado en 1961 darle la bienvenida a esta casa y ahora se me ha encargado decirle adiós. Otro catalán cultivador de las letras españolas en su lengua y en la de Castilla, Juan Boscán, se preguntaba angustiado: “¿Por ventura será que habré reposo?”. Igual pregunta pudo repetirse mil veces nuestro don Samuel a lo largo de su vida. Yo espero que Dios le habrá oído abriéndole, para que lo lea sin prisa ni pausa, gozándolo eternamente, el Libro reservado a los hombres de buena voluntad.

RAFAEL LAPESA.

26 de mayo de 1976.